

FRANCISCO JAVIER ACUÑA  
**Vecinos malditos o  
¿malditos vecinos?**

**S**uenan las sirenas que anuncian la proximidad de los cohetes de manufactura artesanal lanzados — desde plataformas móviles y hechizas — por los milicianos islamistas de Hamas hacia las ciudades israelíes. La tercera intifada ha sido, sin duda, la más sangrienta y dolorosa. Mientras algunos explosivos antimisiles hacen fuego y otros caen en las orillas del desierto de Judea, la pesada artillería, tanques y tanquetas israelitas arrojan fuego aéreo preciso y calculado sobre la polvorosa Franja de Gaza que, tras la nueva invasión, ha quedado convertida en una raya de escombros de chozas y de pesados edificios públicos en los que se incluyen instalaciones de la ONU, sangre humana derramada por el ardor de una obsesión guerrera que cada día crece más dentro de la mente y hasta dentro de la piel de quienes, en ambos bandos, sienten una profunda repugnancia por sus respectivos vecinos. La intolerancia religiosa entre judíos y musulmanes, propia de una actitud hasta cierto punto natural por las incomprensiones recíprocas, es acaso menor a la parte que de esa irreductibilidad mutua se debe a la visión fundamentalista que exige todo o nada al respecto y que vomita la colindancia con aquellos a quienes consideran indignos e inferiores y, por ello, una plaga a combatir (¿la que le faltó a Egipto, vista así de cada lado?). La verdad es que reza el adagio: “La tierra es guerra” y desde que comenzó a cimentarse esto que, tras miles de años de civilizaciones perdidas y de una civilidad inalcanzada ha sido una constante —o la regla en la que la excepción, ya lo hemos dicho antes, ha sido eso, una forma de confirmar la regla—, la vecindad en cualquiera de sus modalidades ha sido más veces fuente de conflictos que de amable y pro-

vechosa compañía, y no sólo en esas zonas consideradas sagradas para diversos credos y naciones, en donde la aniquilación de los contrarios se vuelve casi un mandato divino o, mejor dicho, un inexorable mandamiento por el que no únicamente hay que vivir sino morir. En general, desde que se fijaron los primeros linderos de propiedad particular con respecto a la de alguien más, se empezaron a conocer las incontables maneras de fastidiar al de a lado y al de enfrente, luego la verticalidad de las ciudades modernas, conglomerados de personas que viven tan juntos pero tan distantes, se hace un ritual el afán de moles-

tar con malicia y morbo al de arriba y al de abajo también.

La vecindad ha sido casi siempre funesta y asfixiante a pesar de haberse estrenado en una era en la que no había límites a la ambición sobre las tierras apropiables. Finalmente los poblados hicieron que, como en la etapa de las primeras tribus, se aposentaran juntos uno al lado del otro para “protegerse”, lo que sirvió de base y pretexto para aborrecerse con mayor énfasis. Esa no es una señal contemporánea de lo que ahora llamamos, con cierto sentido maltusiano (reproche de ser tantos para tan poco terreno), “la humanidad”: la impresionante coexistencia de más de 600 millones de habitantes en el planeta; el problema es que sigue habiendo sólo eso, coexistencia, y no sabemos todavía construir la convivencia, esa actitud superior que nos convierta en cohabitantes respetuosos de la otredad (la situación de esos que no somos nosotros sino los otros), para dejar de ser con profundo rencor o con tremenda resignación coexistentes de éste nuestro mundo como acontece en casi todas partes.

A propósito de esas vecindades envenenadas y mortíferas como la que se verifica en el Oriente

Medio, la de nosotros con los estadounidenses resulta, como siempre, compleja y sigue siendo muy lastimosa por las vidas de tantos paisanos que cada año fracasan en el intento de cruzar furtivamente al otro lado, y ahora que se ha desatado esta violencia sistemática que eleva las estadísticas de la supuesta guerra gubernativa contra el crimen organizado, se antoja pensar que aquí en la Ciudad de México, y no sólo entre los vecinos de todas y cada una de las zonas urbanas, nos odiamos con frenesí y actuamos con indolencia vecinal ante problemas comunes. He llegado a pensar que, por aquello de tantas obras inconclusas que estrangulan el tránsito y desquician a la de suyo caótica metrópoli, es posible que en la visión del jefe de Gobierno del Distrito Federal exista alguna topología de desprecio a la vecindad que al margen de sus genuinas intenciones nos hace sentir a muchos que no sólo existen los vecinos malditos (por una especie de consigna teológica o religiosa) sino lo que en términos prácticos venimos siendo como gobernados unos malditos vecinos, sólo igualados en la generalización del maltrato gubernamental que contrasta con tanta obra de gran nivel.



Fecha <b>11.01.2009</b>	Sección <b>Opinión</b>	Página <b>17</b>
----------------------------	---------------------------	---------------------

Ayer le dejé a mi coche una cicatriz en el cárter al paso de un bache inesperado e invisible y eso que ahora pienso del GDF lo sentí y por eso lo hago saber así, ojalá fuera yo el único que ha sido víctima de esa ofensa gubernamental, pero me temo que antes y después miles de conductores lo sentirán antes de que por cualquier otra razón tapen ese hoyo para dejar que se formen otros en diverso lugar. Todo sea por el deber de reivindicar que debemos experimentar, aun sin otros métodos más cercanos al terrorismo institucional, alguna fórmula de maldita vecindad.

*ffacuqa@hotmail.com*